



primer rey de Suecia, Vermeland, fué quemado en honor de Odin, porque se esperaba un tiempo más feliz despues de la escasez (1). En fin, hasta la introduccion del cristianismo, se verificaban los sacrificios humanos en todos los países de Europa.

Lo mismo sucedía en América. Por todas partes se inmolaban hombres en suplicios más ó ménos diversos. En Méjico eran prisioneros y esclavos. Se extendía la víctima sobre un altar algo elevado en su centro, de suerte que sobresaliera bien el pecho. Cuatro sacerdotes del ídolo tenían al desgraciado por los brazos y las piernas, un quinto le aseguraba la cabeza por medio de un hierro encorvado á manera de hoz, con el cual le asia el cuello. El sacerdote en jefe le abría el pecho con un cuchillo de piedra. Arrancaba el corazon, le presentaba humeante al sol en sacrificio, le quemaba y conservaba religiosamente sus cenizas. En ciertos ídolos colosales y huecos, introduciase en la boca este corazon con una cuchara. Los labios del ídolo eran siempre frotados con la sangre. La cabeza de la víctima era cortada y conservada en un osario. El guerrero que habia cogido el cautivo, ó el dueño que habia suministrado el esclavo, recogía el cadáver, le llevaba á su casa, y con él preparaba un banquete á su familia y á sus amigos. No comían más que las costillas, los brazos y las piernas; el resto era quemado ó arrojado á los animales de la casa de fieras del rey.

Clavijero, uno de los más renombrados historiadores de Méjico, aprecia en 20.000 el número de víctimas humanas que se sacrificaban todos los años en el imperio mejicano. Otro historiador no ménos célebre, Acosta, da á entender un número mucho mayor, cuando dice que en más de una ocasion se ofrecían 5.000 hombres, y en un dia entre otros hasta 20.000. Qué desolacion! Por todas partes el hombre matando al hombre! ¿Y esto por odio, por venganza, por ambicion? Frecuentemente así ha sucedido y sucede, en lo que se llama la guerra. Aquí, es por supersticion, exageracion del sentimiento religioso, para apaciguar los

(1) Mallet, *Introd. á la Hist. de Dinamarca.*

manes, para calmar los dioses inmortales. No gozaban siempre en el mal de sus víctimas; los escandinavos abrazaban á los suyos y les consolaban con la esperanza de un dichoso porvenir. ¿Quién, pues, ha producido este terrible extravío? No ha sido solo el hombre. ¿Cómo no reconocer la accion de ese espíritu que indujo á pecar al primer hombre, á cometer el primer homicidio al primer hermano, á un apóstol á entregar al Hombre-Dios, á los judíos á sacrificarle en la Cruz? «Vosotros sois hijos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él fué homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso y padre de la mentira (1).» Este desdichado estaba desde luego en la verdad, pero no permaneció en ella. El hombre igualmente estaba desde luego en la verdad, en la gracia de Dios, en la justicia; pero no permaneció en ella. Despues de su caída, estaba en la verdad, en el sentido de que todavía conocia bien á Dios y el culto que era necesario tributarle. Así, durante más de veinte siglos no hubo sacrificios humanos. Generalmente, todas las tradiciones hablan de un estado primitivo, en el cual no existió nada de esto. Hasta los 1.500 años que precedieron al advenimiento de Jesucristo, no se los ve aparecer. El hombre culpable sentía la necesidad de un Redentor; conocía que la sangre de un animal no era bastante para rescatar á un hombre. El espíritu de mentira extravió este sentimiento verdadero, sustituyendo el raciocinio á la sencillez de la antigua tradicion.

Entre todos los pueblos, los más culpables bajo este concepto, son los cananeos. Habian visto á Abraham, Melquisedec, Isaac, Jacob; estos antiguos patriarcas les habian mostrado el antiguo y verdadero culto de Dios, con una esperanza más explícita en el Redentor universal. Sin embargo, entre estos cananeos es donde bien poco tiempo despues reinará la supersticion más absurda y cruel. En todas partes altares á Baal ó Moloch, en donde los padres y madres quemaban á sus hijos; al lado, las florestas

(1) Joan., 8, 44.



de Astartes, en donde reinan la prostitucion y la sodomía. Cartago, colonia de Canaan, no cederá en nada á su madre pátria. Cuando Agatocles sitió á esta ciudad, la estatua de Baal ó Saturno, enrojecida por el fuego interior que constantemente se alimentaba, recibió en sus brazos hasta 200 niños de las principales familias; sus brazos de cobre, estaban inclinados, estos niños rodaban por ellos, y caían en un horno que se encontraba debajo. Trescientas personas se precipitaron todavía en las llamas para expiar su negligencia de no haber quemado los suyos en su tiempo. En vano fué que Gelon, vencedor, les prohibiese inmolarse víctimas humanas; la costumbre exigía que ellos sacrificasen á Baal la flor de sus hijos. Diodoro de Sicilia es el que nos da estos horrorosos detalles (1). Por esto se puede juzgar cuál era la piedad de estas gentes para el resto de los hombres.

¡Ah! ¿qué vendrán á ser en medio de todo esto la razon, el pudor, la humanidad? Mas ¿qué vendría á suceder de ellas, si esta raza de Canaan, venida desde las costas del Golfo Pérsico, de las del Mar Rojo sobre el Mediterráneo, desde donde enviará sus colonias al Africa y á España, llegara á ser la dueña del mundo? Por todas partes se vería á la juventud, ó inmolada en los altares de Baal, ó prostituida en las florestas de Astaroth. ¿Quién, pues, preservará al Universo de esta terrible degradacion? ¿Serán los hombres? Por todas partes sus leyes autorizan ó toleran horrores semejantes. La salvacion no vendrá más que de Dios.

Esperando que su Hijo, su Verbo, su razon consustancial se haga hombre y víctima para librar al género humano de esta supersticion impura y cruel, se va á dar un ejemplo que servirá de preparacion á la regeneracion universal. La raza maldita de Canaan es condenada al destierro ó á muerte en castigo de sus sacrilegos parricidios. La raza bendita de Abraham ocupará el país de ella, pero con la amenaza de la misma pena si cae en los mismos crímenes. «No darás, dice, tus hijos para que sean consagrados al ídolo de Moloch, ni profanarás el nom-

(1) Diodoro, lib. XX, cap. XIV.

bre de tu Dios; no cometerás pecado contra naturaleza, ni de incesto, como estos pueblos, á los que yo expeleré ante vuestra presencia á causa de esto. Guardaos, pues, no sea que, como vomitó la gente que hubo antes que vosotros, os vomite tambien á vosotros si hiciéreis iguales cosas (1). Si alguno de los hijos de Israel ó de los extranjeros que habitan en Israel diere de sus hijos al ídolo de Moloch, muera de muerte, y el pueblo de la comarca le apedreará. Y si el pueblo desprecia castigarle y no obedece mis órdenes, yo exterminaré al culpable, á toda su raza y á todos los que le consintieron que honrase y diese culto á Moloch (2).» Y por temor de que no se piense que Dios no prohibe semejantes sacrificios, sino por ser ofrecidos á los ídolos, añade: «Cuando el Señor tu Dios hubiere exterminado delante de tí las gentes, á las que entrarás para poseerlas, y cuando las poseyeres y habitares en su tierra, guárdate que no las imites, despues que á tu entrada fueren destruidas, ni preguntes por sus ceremonias, diciendo: «De la manera que estas gentes adoraron á sus dioses, así tambien adoraré yo.» No lo harás así con el Señor tu Dios, porque todas las abominaciones que el Señor aborrece hicieron con sus dioses, ofreciéndoles los hijos é hijas y quemándoles al fuego. Lo que te mando eso es lo que has de hacer con el Señor, sin añadir ni quitar nada (3).»

Ciceron decía: «En cuanto á la religion que se une con el conocimiento de la naturaleza, lejos de destruirla, es necesario propagarla; pero la supersticion es preciso extirparla hasta las últimas raices. Porque, á decir verdad, esparcida entre los pueblos la supersticion, ha oprimido el espíritu de casi todo el mundo y ha invadido la debilidad humana. Ella os sigue, os estrecha y persigue de cualquier lado que os volvais, ya escuchéis á un adivino ó agorero, ya inmoleis ó mireis á un ave, ya veais á un caldeo ó un arúspice, ya relampaguee, truene ó el fuego del cielo caiga en alguna parte, ya suceda, en fin, cualquiera otra cosa que parezca pro-

(1) Lev., 18, 21 y 30.

(2) Ibid., 28, 2 y 5.

(3) Deut., 12, 29 y 32.



digio. Como de todo esto sucede siempre alguna cosa, jamás puede permanecer el espíritu en reposo. Un asilo contra todas las penas y cuidados parecía ser el sueño, pues de esto mismo nacen un sinnúmero de cuidados y de temores. Por sí mismos, estos temores afectarían ménos; se les despreciaría más; si los filósofos no hubieran tomado el partido de los sueños; filósofos no ya despreciados, sino los más penetrantes, los más hábiles por sus justos razonamientos, los que se les mira casi como perfectos (1). Hé aquí cómo se expresa Ciceron terminando su *Tratado de la adivinacion*. Ridiculizando en esta obra á los pitagóricos por su superflua abstinencia de habichuelas, se le escapan estas palabras: «Yo no sé cómo, pero no se puede decir ningun absurdo que no haya sido dicho por algun filósofo (2).» A los que señala como fautores de las más extravagantes supersticiones, es á los estóicos. Despues de Ciceron, los filósofos han sido los mismos. Dos hombres, los más supersticiosos que ha podido ver jamás el mundo, y los más ardientes protectores de las supersticiones de toda especie, fueron dos filósofos en el trono, el estóico Marco Aurelio y el cínico Juliano. Los que, á su ejemplo, defendieron con más celo contra los ataques de los cristianos los delirios de los astrólogos, augures, arúspices y magos, fueron los filósofos Plotino, Porfiro y Jamblico. No es esto todo: Ciceron mismo, que en su libro *De la adivinacion* trataba todo esto como cuentos de viejas, practicaba, sin embargo, todo esto en público, con una gravedad de senador, como augur del pueblo romano. Todavía hay mucho más: en su *Tratado de las leyes*, en donde forma á su capricho la república, condena á muerte á cualquiera que no obedezca lo que pronunciare el arúspice ó el augur (3). De modo que este filósofo legislador reconocia, por un lado, que la supersticion ahoga la razon del hombre, y por otro, obliga al hombre á someterse á esta supersticion que le embarga. Así pues, no hay ninguna esperanza para la pobre razon humana de

(1) *De Divinat.*, lib. II, núm. 72.

(2) *Ibid.*, núm. 53.

(3) *De leg.*, lib. II, núm. 8.

parte de los legisladores y de los filósofos que no son más que esto. Puede ser que Ciceron, si hubiera estado en posesion de la verdad completa, hubiera sido ménos débil, ménos inconsecuente. Pero como observa en su *Tratado de la naturaleza de los dioses*, los contradictorios razonamientos de las diversas sectas filosóficas encaminaban á la duda. Conocia y decia; lo mismo que Platon y Confucio, que era necesario atenerse á la autoridad de los antiguos. La dificultad estaba en remontarse con certidumbre, no á los antepasados particulares de tal ó cual pueblo, sino á antepasados comunes del género humano, á fin de recibir por su mediacion las verdades comunicadas por Dios. Cualquiera que fuese el obstáculo de su posicion, hemos visto ya que estos tres hombres no desesperaban de un porvenir en el cual Dios seria el único monarca universal, y su razon la única ley.

Sin embargo, este conjunto histórico de las verdades divinas, existia en tiempo de Ciceron. El libro que lo contiene, traducido entonces al griego, estaba en Roma, en Italia, en Grecia, en Asia y en Africa. Este libro existia en tiempo de Ciceron, hacia catorce siglos; en tiempo de Platon y de Confucio, hacia diez siglos; escrito, no en indescifables jeroglíficos, sino en la lengua madre de los hebreos, de los sirios, de los fenicios y de los árabes. Las verdades fundamentales de la razon humana, lo que es Dios, lo que ha hecho, lo que exige del hombre, se encuentran en él, no como problemas que se resuelven por medio de sutiles razonamientos, sino como un hecho universal, desenvolviéndose con el tiempo y trasmitiéndose con la vida y la palabra. En él no hay ninguna duda ni contradiccion: un Dios, una ley, un lenguaje.

Despues de las vacilantes palabras de Ciceron, filósofo y legislador, oigamos la profética palabra de Moisés: «Cuando hubieres entrado en la tierra que te dará el Señor tu Dios, guárdate de querer imitar las abominaciones de aquellas gentes. Y que no se halle entre vosotros quien purifique á su hijo ó á su hija, pasándolos por el fuego; ó bien pregunte á adivinos, y observe sueños y agüeros, ni que sea hechicero, ni encantador, ni quien



consulte á los pitones, ó adivinos, ó busque de los muertos la verdad; porque todas estas cosas son abominables al Señor, y por semejantes maldades acabará con ellos á tu entrada. Serás perfecto y sin mancilla con el Señor tu Dios. Esas gentes cuyas tierras poseerás, dan oídos á agoreros y adivinos; mas tú has sido instruido diversamente por el Señor tu Dios. El Señor tu Dios levantará para ti de tu nacion, y de entre tus hermanos, un Profeta como yo; á él oirás, segun demandaste al Señor tu Dios en Horeb, cuando se congregó el pueblo, y dijiste: «No oiré de aquí adelante la voz del Señor mi Dios, ni veré más este grandísimo fuego, porque no muera.» Y el Señor me dijo: «Bien han hablado en todo. Levantaré para ellos un Profeta de en medio de sus hermanos, semejante á ti; y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandare. Mas el que no quisiere oír sus palabras, que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza (1).»

En otra parte, Dios dice: «Sereis santos para mí, porque Santo soy yo el Señor, y os he separado de los demás pueblos para que fuérais míos. Hombre ó mujer en quienes hubiere espíritu pitónico, ó de adivinacion, mueran de muerte; los matarán á pedradas; su sangre sea sobre ellos (2).»

Así pues, Moisés castiga de muerte al que se entregue á la supersticion, y el filósofo al que no se sujete á ella. ¿Quién de los dos ha servido mejor á la razon humana?

Lo que decimos de la razon, repetiremos tambien sobre el pudor. En las religiones filosóficas de la antigüedad, se consideraba igualmente como nada. La ley de Dios le restablece y le protege como la segunda inocencia. El hombre es hecho á imagen de Dios; su cuerpo es de tierra, pero Dios es el que le ha formado; la mujer está tomada de carne y hueso del hombre, pero Dios es el que la forma, Dios es el que la presenta á su esposo, Dios es el que consagra su union. Allí todo es santo, todo es de un origen divino, aun el cuerpo del hombre y de la mujer. Esta santidad será vengada de una mane-

(1) *Deut.*, 18, 9 y 19.

(2) *Lev.*, 20, 26 y 27.

ra terrible. Cuando toda carne hubo corrompido su vida, el diluvio hizo morir toda carne. Por haber violado el pudor con su vista y su lenguaje, Canaan es maldito; Sodoma y Gomorra son consumidas por una lluvia de fuego y de azufre. El adulterio es castigado así como la fornicacion; no habrá ramera en Israel, mucho ménos de esos hombres infames, como se ven en todos los demás pueblos. No se recibirán en el altar ofrendas de semejantes gentes. En una palabra: el hombre, hecho á imagen de Dios, no debe vivir como las bestias.

En fin, la ley divina enseña al hombre la humanidad para con el hombre. Dios nos ha dado á todos el mismo padre y la misma madre; todos somos hermanos y formados á imagen de Dios. De aquí, el castigo del primer homicida; de aquí, esos hombres de violencia, esos gigantes primitivos ahogados en el diluvio; de aquí, esta ley de Noé: «Todo el que derramare la sangre del hombre, será derramada su sangre, porque el hombre ha sido hecho á imagen de Dios.» De aquí, en la ley de Moisés, esos mandamientos de amar, de tratar bien al extranjero, al esclavo, al pobre; ella no prohíbe la comunicacion, las alianzas con algunos otros pueblos, sino por el peligro de que participasen de sus supersticiones impuras y crueles. Todo individuo que renunciaba á esta vergonzosa esclavitud de la razon humana, era recibido en Israel, y la ley divina le protegía.

Habiendo recibido Moisés el sumario de esta ley, descendió del monte y la propuso á los hijos de Israel. Todo el pueblo respondió á una voz: «Todas las palabras que el Señor ha dicho las haremos.» Y escribió Moisés todas las palabras del Señor; y levantándose de mañana, edificó un altar al pié del monte, con doce columnas segun las doce tribus de Israel. Y al mismo tiempo envió unos mancebos de entre los hijos de Israel (que se cree eran los primogénitos), y sacrificaron becerros y víctimas pacíficas. Moisés tomó la mitad de la sangre, la echó en tazones, y la parte restante la derramó sobre el altar. Despues, tomando el libro de la alianza, leyó oyéndolo todo el pueblo, que dijo: «Todo lo que ha hablado el Señor haremos, y seremos obedientes.» Entonces, tomando la



sangre que estaba en los tazones, roció sobre el pueblo y dijo: «Esta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con vosotros sobre todas estas palabras (1).»

Así fué concertada la alianza particular de Dios con el pueblo de Israel. Era esta la aplicación á una nación escogida de esa alianza universal que Dios pactó con Noé, y en él, con todo el género humano, al fin del diluvio y al salir del arca. Esta alianza particular con un sólo pueblo debía preparar la renovación y la plenitud de esa primitiva alianza con todos los pueblos. La alianza universal y eterna se cumplirá igualmente por la sangre de una víctima, y esta víctima será Dios mismo.

Se extrañará quizá que en la ley que da á Israel, Dios no habla más que de penas y de recompensas temporales. La admiración cesará, si se piensa que Dios habla á un pueblo, y que no hay pueblo más que en el tiempo.

Habiendo así el pueblo libremente aceptado el pacto divino, sus príncipes, sus representantes son admitidos á la presencia del soberano monarca. Según una orden precedente, Moisés y Aaron, sus dos hijos Nadab y Eliú, y setenta de los ancianos de Israel, subieron al monte y vieron á Dios, y le adoraron de lejos. Debajo de sus pies aparecía como una obra de zafiro, y como el cielo cuando está sereno. Y no extendió su mano sobre los elegidos de Israel, y vieron á Dios y vivieron (2).

El fin de la ley es Cristo, dice San Pablo (3);

(1) Exodo, 24, 3-9.

(2) Ibid., 24, 9-11.

(3) Rom., 10, 4.

de él es de quien dimana. Este Dios que vieron los elegidos de Israel después de la ley escrita, era aparentemente el Verbo de Dios bajo una forma humana, el profeta futuro como Moisés. Hasta entonces, como nos lo enseña el mismo apóstol, había hecho saber la ley á todo el pueblo por el ministerio de los ángeles (1). Ahora se deja ver, no de cerca, sino de lejos; no á toda la multitud, sino á sus elegidos, á sus príncipes. Desde entonces las almas santas y elevadas consideran á Cristo en toda la ley y le adoran en lontananza.

En este momento solemne, el Señor dijo á Moisés: «Sube hácia mí al monte, y estate allí, y te daré unas tablas de piedra, y la ley y mandamientos que he escrito, para que la enseñes á los hijos de Israel.» Moisés se levantó, pues, con Josué, su ministro, y dijo á los ancianos: «Esperad aquí hasta que volvamos á vosotros. Teneis á Aaron y á Hur con vosotros; si surgiere alguna diferencia, se la referireis.» Y cuando Moisés subió, cubrió una nube el monte, y habitó la gloria del Señor sobre el Sinaí, cubriéndolo con la nube durante seis días; mas el sétimo día le llamó de en medio de la oscuridad. Y la imagen de la gloria del Señor era como un fuego ardiendo sobre la cima del monte, á vista de los hijos de Israel. Y habiendo entrado Moisés en medio de la niebla, subió al monte y estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches (2).

(1) Heb., 2.

(2) Exodo., 24, 12-18.



EPOCA SEGUNDA

LIBRO QUINTO

EL PUEBLO DE DIOS EN EL DESIERTO

CAPÍTULO I

El orgullo, escollo de nuestras virtudes.—Necesidad de la enseñanza divina, probada por las contradicciones de los filósofos.—Necesidad de la gracia y peligros de la mera instrucción solamente para la rectitud de la voluntad, probada por el ejemplo de los israelitas.—El becerro de oro.—Prevaricación de Aaron.—Moisés, mediador, figura de Jesucristo.—Quiebra las tablas de la ley y destruye el becerro de oro.—Posibilidad de la fundición del becerro de oro.—Ideas diversas de la multitud en la adoración del becerro de oro.—Tres mil hombres muertos por los levitas.—Cómo esta ejecución podía conciliarse con su carácter.—Sacrificio de Moisés.—Dios se hace reemplazar por un ángel.—El tabernáculo fuera del campamento.—Intimidad de Moisés con Dios.—La vision de Moisés y la vision de Elias.

Hasta entonces, la ley no escrita se conservaba en la vida de los patriarcas; en adelante se leerá además escrita en el libro de Moisés. Se ha hecho de ella la más solemne promulgación, la aceptación de Israel ha sido la más expresa, la sangre de las víctimas consagró sus obligaciones. Pueblo feliz si permanece fiel á ella. ¡Ay! no será, según parece, sino el más prevaricador. Más de una vez nos veremos obligados á condenarle. Quizá lo haremos con una gran justicia; acaso diremos como el fariseo: «Dios mio, os doy gracias por no ser como los demás hombres, en particular como los judíos.»

Es viejo ya este mal; es quizá el origen primero del mal y el gran obstáculo para su curación. Dios es sábio y perfecto por sí mismo. Nosotros podemos llegar á serlo por él, pretendemos serlo por nosotros mismos, en cuyo caso la sabiduría y la virtud no son más que el ali-

mento del orgullo, un título para despreciar á los demás. El filósofo decía: «Basta pedir al Dios supremo lo que él da y quita. Concédame la vida, concédame riquezas; yo mismo me procuraré la virtud (1).» Es necesario pedir á Dios la fortuna y adquirir la sabiduría por sí mismo: tal es, añade, el juicio de todos los mortales (2). Esta última aserción tiene algo de verdad. Respecto de la vida y riquezas, Dios es el dueño de ellas. Todavía le olvidamos voluntariamente, cuando estamos buenos y ricos. Pero por lo que hace á lo que hay de más excelente, la sabiduría y la virtud, pretendemos que es

(1) *Hæc salis est orare Jovem, quæ donat et aufert, del vitam, del opes, æquum mi animum ipse parabo. Horat., epist., l. I, 18.*

(2) *Judicium hoc omnium mortalium est fortunam à Deo petendam, à seipso sumendam esse sapientiam. El estóico Cotta, apud Cic., de Nat. Deor., lib. III.*